

## EL REGRESO

ESA TARDE, mientras la gente agitaba tormentosamente las improvisadas banderas, hechas con papel globo blanco, engrudo de maicena y palos redondos y delgados que por lo general son más utilizados para masacar chorizos, pero que la creatividad pueblerina convirtió en honorables astas; esa tarde, mientras que los voladores y chorrillos de pólvora insistían en subir vertiginosamente hasta las nubes y avisar a todo el pueblo que había regresado, precipitándose en el estallido final y provocando un terrorismo cardíaco entre las palomas del parque que volaban despavoridas a sus nidos en los techos de tejas de barro; esa tarde, mientras la lluvia jugaba a apagar las mechas de la pólvora, a desgarrar el frágil papel de las banderas, a desperdigar como en corrida de toros a toda la gente, pero sobre todo a aguar la fiesta de bienvenida que el pueblo le había preparado con devoción al robado, secuestrado o desaparecido; esa tarde, mientras que el robado, secuestrado o desaparecido, permanecía inmóvil en los brazos de su fiel protector, quien lo miraba como siempre, como ahora, con sus ojos negros fijos y complacidos y la leve sonrisa, propia de la ternura que provoca todo niño; esa tarde, mientras la gente caminaba en procesión hacia la capilla para el acto solemne, entre hábitos de monjas, clarinetes y flautas de los músicos de la banda del pueblo, doña Marina Arias, caminando lentamente detrás del anda al que había sido encarado desde su llegada el robado, secuestrado o desaparecido, buscaba entre sus recuerdos lo ocurrido aquella tarde del 24 de febrero del 2004, cuando sus ojos consternados no encontraron al Niño en medio del tumulto de santos.

## EL MEDIO DÍA SACRÍLEGO

LA TARDE DEL 24 de febrero, doña Marina Arias cumplió la cita diaria del Grupo Seglar de Oración. En la puerta de su casa la bendición para Elizabeth y la advertencia que se porte bien en el colegio. Luego el recorrido de las cuatro cuadras que separan su casa de la capilla, tres de la avenida Caldas Arriba y una de la Real, pasando por la casa diocesana de Santa Rosa de Osos, el pueblo donde nació, creció, se enamoró, y tuvo sus cinco hijos, y por el que ahora caminaba afanosamente para llegar a la Capilla de la Humildad, punto de encuentro para entablar en coro el sartal de oraciones.

Por algún motivo, esa tarde doña Marina llegó después que las demás, se sentó en una de las 24 bancas de madera con bracerías de hierro forjado, la última del costado derecho, sacó la camándula de murano negro de su abrigo de lana, escudo protector contra los 13 grados centígrados de temperatura promedio en Santa Rosa y empezó a aunar padrenuestros con avemarías mientras miraba desprevenida el cuadro del padre Marianito colgado en una de las columnas blancas del costado derecho; las pinturas de los cuatro evangelistas en el púlpito, pintados al óleo por Ramón Valencia; las imágenes en yeso de San José, Santa Teresita, el Señor de la Humildad y la Virgen del Carmen, que miran sentenciosamente desde la pared del fondo; las alas gigantes de los dos Ángeles que custodian en silencio el

sagrario de madera con tallas doradas, donado por Isabelita y Teresa Díaz Gutiérrez y donde reposa el cuerpo de Cristo. Miró también a San Francisco de Paula, prisionero en una urna de vidrios con marcos de madera; miró el techo, forrado rítmicamente en tablilla barnizada; los pompones amarillos y blancos, que seguramente adornaron algún matrimonio el sábado anterior. Pero, cuando miró al costado derecho, no sólo notó que a la cortina violeta del confesionario le faltaba un poco de tela, sino que se levantó consternada de la banca y se dirigió hacia la urna, donde al igual que San Francisco de Paula, estaba prisionero San Antonio de Padua, pero que a diferencia de la urna del primero, ésta tenía el vidrio roto y lo peor, no estaba el Niño Jesús, ni su vestido blanco; ni el pequeño mundo que lleva en su mano izquierda, que más bien parece una pelota. La imagen de San Antonio que estuvo en la capilla original de San Francisco y aparece en los inventarios de la Capilla de la Humildad desde el año de 1930, había sido asaltada. Doña Marina no salía de su asombro y mientras caminaba despavorida en busca del sacristán, llamado más diplomáticamente auxiliar de la capilla, se preguntaba cómo era posible que alguien infringiera el quinto mandamiento robándole al mismo Dios, aunque en los recodos de su fe guar-

\*Estudiante del Pregrado en Periodismo - Universidad de Antioquia.

# BO ILEGO

Pedro Correa Ochoa

daba la esperanza de que a su Niño Jesús lo tuvieran en alguna misión. Lo cierto es que Antonio de Padua, el hombre que nació en Lisboa en 1195 y que murió a los 35 años siendo misionero de la Orden Franciscana, el mismo que el Papa Gregorio XII declaró santo un año después de su muerte y que León XIII llamó "El santo de todo el mundo", este día, 809 años después, tendría que hacerse su propio milagro, algo en lo que según sus devotos es muy eficiente: encontrar lo perdido. No pondría atención a las suplicas para conseguir matrimonios, ni buenos maridos, ni buenas esposas, otros favores que le piden constantemente, se haría el de las orejas sordas, se metería dos de los tres nudos que tiene su cingulo en ellas, se pondría la capucha de su hábito café para caminar como judío errante hasta encontrar su Niño. Sólo pondría todo su poder milagroso en buscar a su Jesús, que fue arrancado de su brazo izquierdo, según se estima, al mediodía sacrílego del 24 de febrero.

## EL ROBO

ESE MARTES 24 de febrero, Andrés Castañeda, "Casta", como también es llamado el sacristán, abrió las dos puertas de los costados del templo a las siete de la mañana y conforme a la vocación de sacerdote que empezó a sentir desde que estaba en el colegio y que este año después de graduarse quiso ratificar haciendo su apostolado en la capilla, emprendió los diez minutos de oración que acostum-

bra hacer, después organizó, barrió, trapeo, cambió de lugar los floreros de astromelias, pompones o rosas que generalmente adornan el altar mayor y luego, en la sacristía, seleccionó las lecturas de la misa de las cinco de la tarde. Al terminar sus labores de la mañana, el tercer hijo de los Castañeda, único hombre, bendito entre tres mujeres y prospecto a cura, se fue para su casa en el barrio San José, la misma que lo despedirá en enero del próximo año, cuando empaque en su maleta el destino, que rumbo al seminario de los Amigonianos en Medellín, y según los anhelos de su vocación, permitirá que algún día lo llamen Padre Andrés.

— Sospechamos que la imagen fue robada entre las doce y una y media puesto que esa es la hora promedio en que la capilla está más sola.

Además, Esperanza, una anciana que pasa casi todo el día en la capilla orando en silencio como alma en pena, sostenida en el caminador que una fractura de columna le cambió por las fuerzas de sus piernas, aseguró que ella había estado ahí hasta las doce del mediodía y que mientras su memoria rebobinaba el padrenuestro, sus ojos se mantenían atentos a los visitantes del templo, y que, hasta el momento en que las ganas de almuerzo le ganaron a las oraciones, el Niño Jesús estuvo estático en el brazo izquierdo de San Antonio y el vidrio de la urna prisión del santo, intacto.

Yo —cuenta Andrés— sólo me enteré después de la misa, cuando la gente que se paraba para ir a comul-

gar se dio cuenta de que no estaba el niño, pasaban rumbo a recibir la hostia de manos del padre Santiago Calle y por ahí mismo soperiaba que estaba el vidrio roto y cuando se acabó la misa me contaron. Entonces yo me fui para la inspección de policía y no me quisieron atender porque estaba muy tarde, ya faltaba un cuarto para las seis, entonces me dijeron que volviera al otro día y pusiera la demanda". Después de fracasar en su intento de poner la denuncia, Andrés volvió a la capilla y cerró sus puertas mientras el chisme pasaba de boca en boca de los 13 mil habitantes del pueblo, ¡qué horror!, ¡qué pecado!, ¿a quién se le ocurre hacer eso?, eran las frases del clamor de creyentes, en un pueblo tan religioso como frío y politiquero.

Al día siguiente, miércoles de ceniza, Andrés decidió no abrir la capilla. A las ocho de la mañana llegó a la inspección y denunció el robo, no sin antes visitar el templo y mirar detenidamente la urna, el vidrio roto y la soledad de San Antonio. Con sorpresa, Andrés encontró en la base de la urna prisión un imán, pedazos de vidrios rotos, y lo que más le llamó la atención: un papelito en el que estaba apuntado su nombre y el número de teléfono de su casa.

— Eso del papelito me pareció muy extraño. En la Fiscalía me indagaron, me preguntaron que cuales podían haber sido mis enemigos, tanto pasados como presentes; mis amoríos; por donde fuera me preguntaban, que eso podía ser una pista, pero al final no dijeron nada. Y a las dos de la tarde fueron los fiscales y analizaron todo, —recuerda Andrés, mientras sonríe, seguramente porque sabe que un futuro sacerdote no debe tener amoríos.

## EL TEMPLO DE LOS ROBOS

CUANDO EL PADRE Emiro Jaramillo Cárdenas, fue nombrado capellán, supo que no sería fácil mantener una capilla que acababa de ser abierta, después de varios años de estar dispuesta como albergue de los santos mientras llegaban las procesiones de Semana Santa o alguna fiesta religiosa del pueblo, donde el paso del tiempo dejaba varias capas de polvo en las bancas y uno que otro ratón de iglesia corría como en pista de Fórmula Uno y, además, el comején y la humedad parecían insistir en convertirla ya no en Capilla de la Humildad, sino más bien en la capilla de la 'lastimosidad'. Pero, para el padre, no sólo representaba un reto la apertura del templo recién restaurado, sino también un honor al tener a su cargo la capilla con más valor histórico en Santa Rosa de Osos.

— La capilla es un patrimonio histórico único en Santa Rosa. Fue construida en 1845, tiene casi cien años más que la catedral. El cura de ese entonces, que fue muy importante en esta meseta, José Sinforoso de Upegui, con una donación de Don Modesto Tamayo, hizo la capilla de la Humildad, que vino a ser parroquia o viceparroquia por casi cien años—, dice el padre, con la elocuencia propia del periodista que quiso ser, pero que la firmeza de la vocación de sacerdote superó.

La capilla del Señor de la Humildad, una construcción de tipo románico, situado en el cruce de las calles del Palo y Real, históricamente ha sufrido varios avatares. En 1911, un incendio consumió parte del templo, para luego ser reformado por Francisco Tobón Mejía en 1914. Pero lo particular es que, al igual que el Niño Jesús de San Antonio, y en la misma capilla, el domingo 26 de julio de 1857 asaltaron la sacristía y robaron la custodia, una joya colonial de oro macizo donado por los mineros de Tuberías, San Ramón, la Trinidad, Hoyorrico y Malambo, veredas de Santa Rosa. Según la historia popular, los tres ladrones se aterrorizaron con una tempestad en seco que cayó sobre la meseta mientras caminaban por la manga en la cual dejaron la joya, entre matorrales y pantano, en la misma que "Blanca Nieves" y sus hermanas, reconocidas en la historia del pueblo por ser mujeres de la vida fácil, pero que en práctica es más que difícil, la encontraron cuando fueron a buscar leña para hacer el desayuno el 29 de julio de 1885, veintiocho años después de su robo. Ese día, al igual que en el regreso del Niño de San Antonio, hubo un desfile desde la manga del hallazgo, hoy llamada *La Custodia*, hasta la Capilla de la Humildad; un desfile con bandas de música, pólvora, gritos, discursos y oraciones.

## LA BÚSQUEDA

EN EL MOMENTO del robo, el padre Emiro, se encontraba en Medellín, a sesenta y nueve kilómetros de distancia de Santa Rosa. A su regreso, el día siguiente, Andrés le contó lo sucedido

— «El muy asustado me dijo que en la víspera de celebrar la misa de la tarde, una señora vino a decir que la urna estaba rota, que habían quebrado el vidrio y al observar se dio cuenta que no estaba el niño». Andrés, por su parte, recuerda que cuando le contó del robo, el padre trató de molestarse un poco: —Yo le dije: ahh! ¿Padre, sí se dio cuenta? Se estaba como calentando y me dijo que era que yo debía estar ahí pendiente, entonces yo le dije: padre lo lamento pero es que usted no me paga por estar aquí metido; se me estaba como enojando y en esas llegó el padre Santiago Calle, el de la misa del día del robo y le dijo: no, no, la culpa no es de él, y ya, siguió normal— dice Andrés con la tranquilidad de cura que ya tiene sin todavía serlo.

El padre Emiro, que comparte la celebración de misas con la atención en el archivo diocesano a los feligreses que buscan alguna partida de nacimiento o de matrimonio, tan pronto se enteró del robo llamó a sus contactos en los medios de comunicación: *Teleantioquia*, *Caracol* y *El Tiempo*.

— Eso se convirtió en una noticia de carácter nacional. A mí me llamaron de varias partes del país y del mundo. En Miami y en Boston se enteraron del robo, esos canales mexicanos y peruanos registraron la noticia, mucha gente se conmocionó, se indignó con el hecho— relata el padre Emiro.

Avisados los medios de comunicación, las autoridades y el pueblo ente-

«...se levantó consternada de la banca y se dirigió hacia la urna, donde al igual que San Francisco de Paula, estaba prisionero San Antonio de Padua, pero que a diferencia de la urna del primero, ésta tenía el vidrio roto y lo peor, no estaba el Niño Jesús.»

«...buscaba entre sus recuerdos lo ocurrido aquella tarde del 24 de febrero del 2004, cuando sus ojos consternados no encontraron al Niño en medio del tumulto de santos.»

Con sorpresa, Andrés encontró en la base de la urna prisión un imán, pedazos de vidrios rotos, y lo que más le llamó la atención: un papeli- to en el que estaba apuntado su nombre y el número de teléfono de su casa.

ro, cada uno empezó a hacer lo suyo. El padre Emiro organizó un batallón de oraciones y empezó la novena a San Antonio con todos los que se ofrecieran a arrodillarse frente a él y entre padrenuestros y consideraciones pedirle, no por lo que ellos hubiesen perdido, sino por lo que al mismo santo le habían robado. Ahí, arrodillada, junto a sus compañeras del grupo de oración, estaba doña Marina, pidiéndole a San Antonio que hiciera lo posible para que regresara su niño, el de él.

Y mientras el padre Emiro, las señoras de la Orden Seglar de Oración y alguno que otro solidario con el santo le rezaban, e incluso, el mismo santo se hacía su propia novena, el Capitán de la policía del pueblo, Nestor Ospina, ponía a disposición de la búsqueda de la imagen a todo el personal que tenía la estación de policía, veinte hombres, incluyendo cinco de la unidad de la SIJIN.

—Gracias a algunos comentarios de unos niños que estuvieron jugando con la imagen por el barrio el Alto de la Mina se empezaron a hacer algunas averiguaciones y luego entregaron el niño.

El Cuerpo Técnico de Investigación (CTI), por su parte, procedió al planteamiento de las hipótesis que pudieran vislumbrar el rescate. Para ello lo primero era responderse quién y qué representa San Antonio, quienes podrían ser los ladrones, pero lo más acertado era seguir uno de los mandamientos de la investigación judicial: “el tiempo que pasa es la verdad que huye”, así lo afirmó Javier Rodríguez Salazar, investigador judicial, miembro de la unidad del CTI en Santa Rosa. Y pese a la decisión de esperar que la imagen regresara por sí sola, el clamor general presionó para que el asunto se convirtiera en prioridad para las señoras de la Orden Seglar de oración, para la orfandad de San Antonio, para la policía y para el pueblo en general.

## UN MUÑECO EN LA CASA DE «TARABA»

HENRY ES UN HOMBRE de gruesa contextura y campeón en levantar tres bultos llenos de alimento para vacas y cerdos, no precisamente su deporte favorito, sino más bien su aflicción laboral, llamado comúnmente ‘Cotero’. Él puso sus manos en la historia del robo sacrílego, justamente en el momento en que tomó la bolsa negra, “como con algo adentro”, el día en que pasaba por la jardinera desértica que hay en el costado de la entrada vehicular a Santa Rosa de Osos. Cuando la abrió para ver que había en ella, descubrió una mirada plácida que no tenía nada que ver con la preocupación de un niño perdido. Luego se encontró con don Bernardo Giraldo o “Taraba” como generalmente lo llaman en la empresa de buses del pueblo, donde trabaja, le mostró su hallazgo y sin importarle mucho se lo obsequió a cambio de la promesa de Don Bernardo de mandarlo a arreglar.

«...mientras su memoria rebobinaba el padrenuestro, sus ojos se mantenían atentos a los visitantes del templo, y que, hasta el momento en que las ganas de almuerzo le ganaron a las oraciones, el Niño Jesús estuvo estático en el brazo izquierdo de San Antonio ...»

La casa de don Bernardo y doña Marta Cecilia Molina queda en El Alto de la Mina, nombrado despectivamente en Santa Rosa como el barrio de los ‘golos’, donde todos se conocen, todos tienen sangre de todos, son primos del vecino, hijos del de la esquina o sobrinos de éste, próximo a casarse con la hija de fulanita de tal que vive al frente de la virgen del Carmen, la misma que está situada seis casas antes de la de doña Marta y don Bernardo. Cuando el destino quiso que la imagen del niño llegara a las manos de don Bernardo, automáticamente me adjudicó el recorrido hasta su casa: del parque a la autopista que conduce a la Costa Atlántica y luego hasta el cruce con la calle falduda que lleva al Alto, que ya no tiene mina. La fortuna es que, como allí todo el mundo se conoce, preguntar por la casa de alguien es como preguntar donde vive su hermano, su mejor amigo, su suegra, su cuñada y sin necesitar mucha suerte posiblemente le respondan lo que usted quiere saber de alguien sin necesidad de hablar directamente con él, porque en este barrio, como en la mayoría de los del pueblo, lo que es noticia de la casa de peranita, hace años que pasó por la de fulanita.

Las indicaciones fueron claras: “¿Dónde tuvieron el Niño Jesús? Aaah, sí, en la casa de Marta Molina; vea siga derecho, se va hasta la virgen y en la sexta casa vive ella, vaya que yo la acabé de ver allá”. Efectivamente, ahí estaba doña Marta, parecía una bailarina de tango coordinando el derecha-izquierda con la traperera con que brillaba el corredor posterior a la entrada de su casa, que de no ser por los postes de madera de color rosa que sostienen el techo de tejas *eternit*, filados como pelotón del 20 de julio, pareciera ser la

acera de la calle asfaltada y cortada por una línea amarilla que se pierde en el horizonte de la meseta.

La casa tiene mucho frente y poco fondo, construida en ladrillos todavía sin revocar, pero pintados con estuco de color mandarina, está levantada justamente al lado de la casa donde nació ella y donde vive y nació su mamá.

Como a las nueve de la mañana de uno de los días siguientes al robo sacrilego, imprecisa la fecha en la memoria de doña Marta, llegó a su casa, en los brazos de su esposo, un nuevo niño, uno más, además de Lina, Alejandro, Luisa, Valeria, Johan y dos nietos.

«... cambió de lugar los floreros de astromelias, pompones o rosas que generalmente adornan el altar mayor y luego, en la sacristía, seleccionó las lecturas de la misa de las cinco de la tarde...»

—Desde que Bernardo lo trajo yo lo coloqué encima del chifonier, ahí permaneció todo el tiempo hasta que se entregó, lo bajaba para mostrarlo, venga y verá yo le muestro— recordó doña Marta mientras entrábamos a la sala de su casa, tan sencilla y humilde, como limpia y organizada. De la puerta principal se llega directamente a la sala, que también funciona como pieza por la cama doble de madera. La casa es en galería, sin puertas que separen una habitación de otra, al lado derecho de la sala sigue otra habitación, el baño y, en el fondo, la cocina desde donde encandila el brillo del juego de ollas de aluminio colgadas en la pared; y, al lado izquierdo, una habitación que parece un museo de muñecas y muñecos, sombreros, santos y afiches con frases tan sentimentales como cursis, dos camas dobles de madera, sin una arruga en el edredón que las vestía, y un ‘chifonier’ del mismo estilo de las camas, atosigado por bolsas, muñecas, cajas y una pequeña cama de madera construida para jugar a la ‘casita’ o a la ‘mamacita’, que fue el albergue del Niño Jesús mientras estuvo en la casa de “Taraba”.

«...capas de polvo en las bancas y uno que otro ratón de iglesia corría como en pista de Fórmula Uno y, además, el comején y la humedad parecían insistir en convertirla ya no en Capilla de la Humildad, sino más bien en la capilla de la ‘lastimosidad’...»

—Cuando el esposo mío lo trajo me contenté mucho y mucha gente lo novelaría. Como estaba todo dañado, inclusive lo íbamos a mandar a arreglar a Medellín, o lo iba a llevar aquí a la Casa de la Mujer y al ver que allá no lo arreglaban lo iba a mandar a Medellín con una hermana. Lo tuve aquí como quince días pero el padre Emiro dice ‘quizque’ ocho”— recuerda doña Marta con la música de la emisora *La Vallenata* de fondo y un corrillo de miradas impávidas de hijos, primos de los hijos, nietos y amiguitos, que les pareció más interesante nuestra conversación que el ‘yeimi’ que jugaban en la calle. De pronto, de la nada, apareció una voz gruesa como una catarata que aplasta el tono cálido de doña Marta; una mujer mayor de vestido ocre con flores cafés y una ruana negra con un botón que parece ahorcarla, represándole el torrente de palabras roncadas.

— Yo vi la noticia, me fui a visitar un enfermo allí, y empezaron las noticias de las siete, cuando que Santa Rosa de Osos... y dije yo, oíste Pacha subile el volumen a esa noticia y ahí mismo salí y me vine; entonces aquí estaba ésta con unas amigas y le dije; oíste Cecilia vení yo te digo, imagínese que esto, esto y esto pasó, pa’ mí que este es el Niño que se perdió en la capilla, vení mostrámelo. ¡Ay! Cecilia bendita, ve llamó a Bernardo a ver quién le regaló esto— dijo doña Mercedes Molina, la mamá de doña Marta y la salvadora del Niño Jesús de San Antonio de Padua.

— Eavemaría, no, no, no,... — dice alarmada doña Mercedes «como es que ‘quizque’ se roban ese niño a las doce del día en todo pleno pueblo. Pero qué van hacer con eso por Dios. Y estos que le decían el muñeco y les dije: vea en lo que les salió el muñeco. Pero es que esa carita tan hermosa, esos ojitos que le bailaban, yo cuando lo vi dije que ese tenía que ser el niño. Donde yo no hubiera visto la noticia ahí estaba todavía o lo habían mandado a arreglar a Medellín por bonito, no ve que ésta pensaba ‘izque’ mandalo a arreglar que por bonito, que tan bonito ese muñeco, y vea el muñeco en lo que le salió».

Madre e hija recuerdan que en el regreso del Niño a la capilla, en el pueblo le hicieron una fiesta con pólvora, procesión y misa; pero que ni la salvadora, ni la madre adoptiva se enteraron del evento y que, paradójicamente, ni la una ni la otra, pudieron acompañar al robado, adoptado y salvado. Después de la partida del Niño de la casa de “Taraba” y del Alto de la Mina, el barrio donde fue curioseado, novelariado y cargado por los ‘gollos’. Doña Marta lo vio de nuevo cuatro meses después del robo y ocho días antes de contarme su historia, «yo entré hace como ocho días que había una misa allá, el matrimonio de una sobrina mía, entré y lo vi, ni siquiera sabía dónde es que estaba, pero ya estaba arreglado, ahí cargándolo San Antonio y dentro de esa cosa de vidrio.»

«...y en la misma capilla, el domingo 26 de julio de 1857 asaltaron la sacristía y robaron la custodia, una joya colonial de oro macizo donado por los mineros de Tuberías, San Ramón, la Trinidad, Hoyorrico y Malambo...»

## “QUE LO ENTREGUE EL SEPULTURERO”

Cuando doña Mercedes le dijo a su hija que el niño era el de San Antonio de Padua, doña Marta llamó inmediatamente a Alejandro, el segundo de sus cinco hijos, se lo entregó y le dijo que fuera donde su papá y le dijera que se lo devolviera al que se lo había regalado. Alejandro, un muchacho de diecisiete años que todo Santa Rosa conoce como el niño de los buses, por su poca estatura y porque hace varios años trabaja en la empresa de transporte, cargando equipajes, ayudándole a los conductores o desparramándose a gritar en media calle “¡Medellín, Medellín!, ¡San José, San José!, ¡Entrerrios!” Y que pese a sus avisos de partida con su labio leporino nadie se equivoca de bus de destino, con el Niño a cuestas se fue para devolverlo nuevamente a su verdadera morada.

Don Bernardo estaba con Henry en una cafetería que queda justo al frente de la jardinera donde encontró la bolsa con el Niño. En esas llegó Argiro Amaya, el sepulturero del pueblo. El consenso de los presentes fue sentencioso: “¡que lo entregue el sepulturero!”.

Argiro, que se pasa los días caminando entre el cementerio viejo, la iglesia y el cementerio nuevo, que hasta hace dos años, antes de su reestructuración, era el viejo, hace siete años trabajaba como sepulturero. El cementerio viejo está construido sobre el costado derecho de la vía que lleva a la costa Atlántica y a una cuadra de la cafetería donde le adjudicaron a Argiro la misión de devolver el niño; el otro cementerio está justo en el polo opuesto al anterior, donde se ocultan los famosos atardeceres de Santa Rosa de Osos; y, la Catedral, queda en el centro de las dos necrópolis, condenando a los muertos a que después de su última misa recorran todo el pueblo para llegar a su destino final, sea el cementerio viejo o el nuevo, al que me tocó ir para poder hablar con Argiro.

—Yo estaba destapando unos restos y entré a tomar un tinto en una cafetería y en esas llegó un mansito que ‘izque’ se lo había encontrado allá en el rompoi de la variante y entonces dijeron dizque: ah! Que lo entregue el sepulturero, y yo dije que listo— cuenta Argiro al ritmo de la brocha con la que

pinta de blanco el muro que encierra el cementerio y después de mucho intentar que me diera por lo menos una respuesta con sujeto, verbo y predicado, porque según él: “Ya no aguanta uno molestar con eso, hubo mucho problema y no lo dejan a uno tranquilo”.

Cuando Argiro y Henry llegaron a la oficina del padre, a éste lo acompañaban dos agentes de la SIJIN. El hijo prodigo había regresado, según Diego Guerrero —en su crónica del domingo 7 de marzo de 2004 en el periódico *El Tiempo*— dentro de una bolsa del Éxito, según doña Marina: en una bolsa gris de cargaderas y según Andrés y Argiro, en una bolsa negra. Lo cierto es que el hijo de Dios de nuevo estaba a salvo, en las manos de uno de sus siervos.

Sin embargo, después de su inesperada llegada, el niño fue llevado a la Fiscalía para efectuar la tipificación del delito y, como era de esperarse, lo tuvieron que acompañar Argiro y Henry, quienes estuvieron en el Comando de policía un par de horas hasta cuando el padre Emiro fue en su salvación,

“yo fui al Comando de policía a ver si soltaban a estos pobres diablos que no tenían nada que ver. Luego fui donde la familia que tuvo el niño desde el momento mismo de la desaparición; no pudieron responsabilizar ni al sepulturero, ni al ‘coter’ que entregó la imagen y mucho menos a esa familia, porque esa familia se confundió mucho, decían que era un muñeco, después decían que lo iban a mandar a arreglar. Cuando yo llegue a preguntar que era lo que había pasado, que por qué ellos tenían la imagen, me dijeron que el marido la trajo acá, que se la había regalado un señor que se la encontró en la variante y que estaban muy contentos con ella. Yo no creo que esa gente haya sido, uno ve que es gente muy ingenua, eso lo descartamos”.

Los súper héroes del Niño Jesús no precisamente ganaron indulgencias con su salvación. Argiro, quien al igual que doña Marta, Henry, Alejandro y Bernardo, ha tenido que visitar la Fiscalía varias veces después del hecho para rendir indagatoria, prefiere no hablar del asunto y es determinante al decir: “Yo no hice nada, yo solamente lo recibí y fui y se lo entregué al padre”. A Henry, por su parte, le advirtieron que en caso de trasladarse a otro lugar

«Y mientras el padre Emiro, las señoras de la Orden Seglar de Oración y alguno que otro solidario con el santo le rezaban, e incluso, el mismo santo se hacía su propia novena...»

debía notificarlo a la fiscalía. “Vea yo después de eso no comía, no dormía de preocupación, hasta que ya subió el padre y me dijo que durmiera tranquila. Y es que la vida sigue, si o no”; asegura doña Martha. Y Alejandro, solamente por llevar el huésped desconocido de su casa hasta donde su papá, fue el tiro al blanco de burlas de ayudantes y conductores de la empresa de buses, “le gritaban que por qué no se había traído la imagen; que le iban a decir a la señora que vive aquí al frente de esa Virgen grande que hay ahí, que le pusiera cuidado que él no se la fuera a llevar, y él se sentía como acongojado. Y yo, al ver que no estaba sino él, al verme tan desesperada y que era el Niño Jesús de la capilla lo mandé a él”, dice doña Marta sacando el instinto materno para defender a Alejandro; y replica: “El padre dice que el niño estuvo aquí ocho días y yo le pongo, más o menos, dos semanas”.

El padre Emiro descarta que el niño haya sido robado para algún rito satánico, incluso que algún devoto lo haya secuestrado mientras le cumplía algún favor. Según el Padre, “posiblemente este fue un robo parecido a los robos de imágenes religiosas, aquí se perdieron unos cuadros coloniales, Rosario Guzmán tuvo una

pérdida de un crucifijo histórico, creemos que este robo fue hecho por el mismo depredador”.

Mientras Jesús pasaba unas vacaciones en el Alto de la Mina de ocho o quince días, según quien lo cuente, el padre Emiro recibió una llamada bastante sospechosa, “alguien llamó diciendo que tenía un niño de San Antonio y que no permitía que el Santo estuviera sin su imagen y que por lo tanto iba a regalar esa imagen y nunca volvió a llamar. Pensamos que fue esa persona que se lo llevó y al ver que era de yeso con una armazón de madera la descartó, yo veo por ese lado esa cadena de ladrones de obras de arte que nos ha azotado a todas las iglesias”.

Tal parece que al Judas que se robó el niño Jesús, o casi le da un cardiaco del susto, o no le gustó mucho el material de su pecado y por lo tanto decidió dejarlo abandonado en la mitad de una jardinera desértica. Allí, el ‘Cotero’, se encontró un niño de yeso, con mirada profunda, de cuarenta y nueve centímetros de alto y treinta y ocho de ancho; mutilado por la mano impura de su raptor, el brazo derecho arrancado totalmente a la altura del hombro, ocasionándole dolorosas grietas y roturas. A Jesús, en esta ocasión le fue mejor que hace dos mil años cuando fue crucificado, muerto y sepultado, ahora había sido robado, adoptado y salvado.

El niño Jesús volvió a los brazos de San Antonio, según el padre Emiro, un mes después de su infortunada desaparición. Antes de ello, fue llevado a Medellín, donde las manos de otra “santa” Marta, ya no Molina, sino Isaza Taborda, restauradora de obras de arte, especializada en Florencia Italia y aho-

ra cirujana de Santos, dejaron al niño Jesús como nuevo. Primero, la consolidación donde presentaba falta de adherencia, luego la unión de fragmentos y, por último, la colocación de refuerzos internos, resane de faltantes, reintegración del color y el barniz final de protección. La reparación del vestido blanco, bordado con pequeñas florecitas estuvo a cargo de las hermanas Clarisas, las cuales, con la misma fe con que decidieron internarse en el convento para nunca regresar a la vida pública, a la calle, a sus casas, ni siquiera en la muerte de su ser más querido, ni siquiera después de su propia muerte, porque son enterrados dentro del mismo convento, con sus manos de prisioneras eternas por la fe, reconstruyeron fervientemente las vestiduras de Jesús, el niño de San Antonio de Padua.

## EL ACTO SOLEMNE

Ahí estaba Andrés revoloteando de aquí para allá; el misal en el atril, el cáliz y las vinajeras en la mesa de consagración de la misa, los micrófonos puestos debidamente; ahí estaba Andrés, cumpliendo con sus deberes de sacristán o mejor, auxiliar de la capilla, descuidado de los amoríos que en la Fiscalía suponían podía tener, organizando todo para el recibimiento del robado, adoptado y salvado, mientras la gente que venía en la procesión de bienvenida, mojada por lluvia, entraba a la capilla como en competencia de carros para poder adueñarse de un lugar en una de las bancas y descansar de la

**«...parece que al Judas que se robó el niño Jesús, o casi le da un cardiaco del susto, o no le gustó mucho el material de su pecado y por lo tanto decidió dejarlo abandonado...»**

**«Cuando la abrió para ver que había en ella, descubrió una mirada plácida que no tenía nada que ver con la preocupación de un niño perdido.»**

**“¿Dónde tuvieron el Niño Jesús? Aaah, sí, en la casa de Marta Molina; vea siga derecho, se va hasta la virgen y en la sexta casa vive ella, vaya que yo la acabe de ver allá”**

«...atosigado por bolsas, muñecas, cajas y una pequeña cama de madera construida para jugar a la 'casita' o a la 'mamacita', que fue el albergue del Niño Jesús mientras estuvo en la casa de "Taraba".»

caminada desde la jardinera desértica donde Henry, el 'Cotero', encontró el niño y donde, de nuevo, fue entregado a los brazos de San Antonio para regresar en el anda hasta la Capilla de la Humildad, su morada desde hace más de setenta años. Ahí estaba también doña Marina, olvidada por completo del medio día sacrílego del veinticuatro de febrero y concentrada en la felicidad de tener de nuevo a San Antonio con su niño, haciéndoles compañía a ella y al combo de señoras del grupo Seglar de Oración mientras rezan y rezan y vuelven a rezar. Y, adelante del anda, el padre Emiro, con su ornamento blanco, dispuesto para toda fiesta, feliz por el retorno de su Jesús, pero lamentándose por la inasistencia del Señor Obispo en el acto

solemne. A su lado, muy seguramente, el alma de José Sinforoso de Upegui, el párroco que construyó la capilla en 1845, con la sonrisa triunfante del poder de Dios, como cuando triunfó en el robo de la custodia en 1857 y en el incendio que casi devora la capilla en 1911.

Doña Marta, la madre adoptiva, a lo lejos, desde su casa, preguntándose "qué fiesta habrá que están tirando pólvora", mientras intenta controlar a la guardería de hijos y de nietos. Argiro, cumpliendo una de sus labores en el cementerio: enterrar, exhumar y arreglar, pero eso sí, jamás robar. Henry, practicando su marca de tres bultos llenos de cuidado en una de las bodegas de algún almacén agropecuario de Santa Rosa. Y Alejandro, gritando con su labio leporino el destino de algún bus que está próximo a salir. Todos superhéroes en la hazaña del regreso del niño y alejados de la fiesta de bienvenida.

A diferencia de ellos, quien más presente estuvo en el regreso fue San Antonio, con su hábito café hecho en gabardina, la camándula de bolas negras en la mano derecha y el cordón que le ciñe la cintura y cae casi hasta los pies

terminando en tres nudos; abriéndose espacio entre el tumulto de gente que trunca el paso de quienes cargan el anda. Con su mirada plácida, mirando fijamente a su niño Jesús. La misma mirada que tiene ahora, encerrado nuevamente en la urna prisión, elevada en una base de madera "para prevenir", según el padre Emiro, quien no duda en afirmar que el regreso del niño fue un favor especial de San Antonio, máxime cuando regresó justo el día antes de terminar la novena encabezada por las señoras de la Orden Seglar de Oración.

San Antonio se hizo su propio milagro: encontró lo perdido, cómo cuando Antonio de Padua, antes de ser Santo, rezó y encontró un libro que se le había desaparecido, por lo cual se le atribuye la facultad de encontrar lo perdido. Lo perdido, en este caso era el robado, adoptado y salvado, que según la historia, acompaña al santo gracias al deseo de Antonio de Padua de ver a Jesús cuando era niño, rogándole a Dios que le otorgara la gracia de ver por unos instantes a Jesús. La gracia, según la historia, fue concedida, apareciéndose en su celda de misionero.

Lo cierto es que San Antonio se hizo su propio milagro: encontró lo perdido. Ahora, cumple eternamente su devoción por mirar al niño Jesús en sus brazos, protegido en su urna prisión, porque «la vida sigue», como dijo doña Marta.